



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15 – 12 – 2014

María se puso en camino ...a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y sucedió que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo; y levantando la voz, exclamó: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!; ¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá” (Lc 1, 39-45).

Hoy, junto con Isabel, nosotros también podemos y debemos exclamar: “¿quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?”.

En efecto, nos envuelve el gran misterio de amor, que nos llena de gozo y de esperanza: ¡María viene hacia nosotros para traernos a Jesús, el hijo de Dios, el Salvador, el Emanuel, el Dios con nosotros!

María se inclina sobre cada uno de nosotros con toda su ternura de madre delicada, y nos da su amor y su alegría. Es una gran alegría, que penetra y colma todo nuestro ser.

La alegría y la esperanza, que son dones del Señor, no nos liberan de las fatigas y de los dolores de la vida, pero nos dan la fuerza para ir adelante, y nos dan el coraje para contraponer los colores del arco iris al color gris que a veces nos circunda.

Y es dentro de nosotros mismos, en nuestro corazón, en toda nuestra vida, donde podemos buscar y encontrar muchos motivos de alegría: son las cosas grandes que Dios ha obrado y obra en nosotros, siempre y de todos modos.

No le fue fácil la vida a Isabel, mujer anciana, considerada estéril. Tampoco le fue fácil a María, virgen llamada por Dios a ser madre. Sus vidas no fueron fáciles.

María sabía que tenía un don grande y único: que Dios Padre la había colmado de gracia para que fuera la madre de Jesús, y, por él, ser madre de toda la humanidad. Pero un hombre justo y piadoso, el anciano Simeón, le reveló que su Hijo Jesús venía “para la caída y resurrección de muchos en Israel” y “como signo de contradicción”. Y que a ella “una espada le atrasaría el alma, para que los pensamientos de muchos corazones pudieran ser revelados”.

Son los corazones de una humanidad perdida, también atravesados por espadas muy dolorosas. Y María estaba llamada a ser madre de criaturas en busca de paz, de pan, de consuelo, de lugares seguros.

A todas estas criaturas, a nosotros, criaturas de Dios, María viene al encuentro para llevarnos a Jesús, para darnoslo.

Llenémonos de gozo. El Señor, el Emanuel, está con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos, cuando acabará todo dolor, la muerte será vencida y la paz reinará para siempre.

Que este anuncio de esperanza llene nuestros corazones, y, así, también nosotros podremos regocijarnos y cantar: “mi alma glorifica al Señor”.

¡Cuántas cosas grandes ha hecho el Señor en cada uno de nosotros! ¡Qué profusión de ternura nos revela en este tiempo de Adviento! La ternura de Dios nos muestra su rostro en María, nuestra madre, y en su Hijo Jesús, que viene a traernos la verdadera alegría.

Magdalena Aulina decía que nuestro corazón debía rebosar siempre alegría, porque nada nos puede turbar si amamos a Jesús.

Magdalena tenía una inmensa confianza en María, porque sabía que María nos trae a Jesús y nos lleva a Jesús. Esta certeza era su fuerza en sus sufrimientos, era su serenidad.

Magdalena siempre emanaba mucha paz y serenidad, mucha alegría interior. Y estas virtudes se traducían en una extraordinaria fuerza de atracción hacia todo lo que era bueno y bello, ¡hacia la santidad de vida!

